

—Es muy extraño esto!
—Es increíble! No queréis confesarse D. Juan, el amigo de los pobres...

Con efecto, Elena y Natalia, sollozando amargamente, hincadas de rodillas cerca de la cabecera...

—Papá! Papá! miel añadía la hermosa Natalia. Demuéstranos así tu cariño!

El paciente hizo un ademán de sufrimiento, y con voz apagada exclamó: —¡Callad! ¡Me atormentáis!...

—Cerrad bien esa puerta... que nadie entre... dijo. Las dos mujeres creyeron sin duda que habían triunfado...

La estancia, iluminada por la claridad mortecina de una tarde nebulosa y triste de otoño...

Luego don Juan, fijando alternativamente su mirada en una y otra dirigiose á las dos mujeres.

—¿Queréis que me confiese? —¿Oh, sí, sí! contestaron ellas. —¿Dadais de mi religiosidad?...

—Y llamas «inmenso cariño» á esa resistencia, á esa negativa que tanto nos lastima...

Don Juan entornó los párpados, y nada dijo.

—No calles, Juan. ¡Habla, habla! —Pues bien. Vosotras vais á decidir. Me someto á vuestra voluntad...

—¿Calló el paciente, y ellas, no pudiendo permanecer más ante tal revelación...

—¿Calló al fin? preguntó con viva impaciencia el capellán...

PEDRO J. SOLAS.

A UN MATERIALISTA.

—¿No existe el alma? Sólo la materia es la que tiene ser!

Nada se pierde, si, nada se crea; de formas cambia la materia...

—Sí. Todo es verdad. ¿A qué negarlo? No río con la ciencia...

—Sí. Apenas nace el hombre, ya comienza esa sustitución con sus misterios...

La savia de aquél gérmen no es la misma que alimenta más tarde su cerebro...

—Mas algo existe en él que no varía, que tiene la potencia del recuerdo...

Algo invisible, intransformable y grande; la esencia que se escapa en el momento...

—¿Y es eso la materia? ¿Tú lo sabes? —¿Acaso lo ha estudiado tu escalpelo al cortar los tejidos...

—Esas dudas que sientes son acaso mecánicas funciones de tu cerebro?

—¿Y qué es eso que llaman conciencia? ¿Qué es el negro y atroz remordimiento?

—Esa escala ascendente de los seres que la ciencia señala...

Nada respondes... Mas la duda horrible persiste allí en tu corazón enfermo.

Mira el retrato de tu santa madre, imprime en él un amoroso beso...

ERNESTO O. PALACIO.

La Esposa del Iamohitchik.

POEMA RUSO.

—ON las doce de la noche; nada se mueve en la casa; silba tristemente el viento...

—Arde chisporroteando la lanchina (1), extendiendo en su alrededor débil y tumbolorosa claridad.

—Envuelto en un viejo capote y sobre un banco adosado al muro de la cocina...

—¿Pero por qué tú, mamá, estás todavía levantada? ¿Por qué sigues hilando?

—¡Ay de mí, hermoso mío! Ya he suspendido mi tarea...

—No llores, mamá, dice el niño con voz triste. Y apoya su cabecita en el regazo de la que le dió el ser...

—Vaya, no llores, no ángel mío —responde la madre...

—El niño se duerme; la madre vuelve á hilar; no tiene sueño...

—Apenas alumbra ya la lanchina humeante; la borrasca de nieve silba cada vez más con mayor estrépito.

—Es una ilusión. Procura alejar de su mente las ideas lúgubres...

—Recuerda lo que le dijo su buena madre poco antes de morir.

—Tengo un dolor muy grande al dejarte huérfana, hija mía.

—La lanchina está metida en una especie de hornillo de hierro.

campos; ese trabajo es superior á tus fuerzas. —¿A quién te pareceis tú tan fina...

—Las hermanas son ignorantes, es verdad, pero en cambio tienen plétora de sangre...

—El frío y el calor, la nieve y el viento no les hace impresion alguna.

—Sabes coser muy bien y es muy hermosa tu inteligencia...

—Pero ¡ay! en la vida del campesino no hace falta talento...

—El niño entreabre los párpados y contesta: —¿Pero por qué tú, mamá...

—¿Y mi hombre? —pregunta con voz temblorosa la mujer...

—¿Y mi hombre? —dijo ella. —También me llevo á tu novio...

—Este Lord me llevó á tu novio... contes- tó el inglés...

—Esto me contó á nuestro excabecilla el tañedor de guitarra...

—Pasaron algunos días y el viejo y la vieja continuaron su misma vida...

—De pronto él cobró una actividad vertiginosa; se le vio ir de escritorio...

—Y un día dijo él á su mujer: —Rosalia, ¡cuando quieras!

—Un grito de júbilo fué la contestación. Le dió un abrazo...

—Se habían creído felices (y lo eran, sin duda, cuando creían serio)...

—¿Con qué diplomático ruso, el varón con una condesa de París...

—Hablando de sus hijos, paseando, recibiendo visitas...

—Y así pasaban días y días, sin que su existencia se modificase ni ellos pensasen en modificarla...

—Su hotel estaba situado en un barrio extremo, y enfrente de este hotel había un despacho de cerveza...

—El español envió á un criado para que se enterase; el criado vino con el autor...

—¿Y mi novio? —dijo ella. —También me llevo á tu novio...

—Este Lord me llevó á tu novio... contes- tó el inglés...

—Esto me contó á nuestro excabecilla el tañedor de guitarra...

—Pasaron algunos días y el viejo y la vieja continuaron su misma vida...

—De pronto él cobró una actividad vertiginosa; se le vio ir de escritorio...

—Y un día dijo él á su mujer: —Rosalia, ¡cuando quieras!

—Un grito de júbilo fué la contestación. Le dió un abrazo...

—Se habían creído felices (y lo eran, sin duda, cuando creían serio)...

—Y al decir esto se puso muy colorada. No BUELITA...

—Aún tenemos que pasar un día antes que yo cobre mi trimestre...

LAS GAFAS.

A BUELITA, lo que es hoy no dirás que no he sido aplicada.

—Ah, perzosa! ¿quién se lo viene á contar? Si no fuera por mis gafas...

—Su renta, económicamente dividida en tantas partes como días tiene el trimestre...

—Entónces se suprimió el postre, y como la señora de Ormont era orgullosa...

—La niña comió de muy mal humor. Como no gastaba gafas...

—Aún tenemos que pasar un día antes que yo cobre mi trimestre...

—No consentiré nunca que la señora... Despues de una viva discusión...

—Hacia un momento que la enojada muchacha estaba agitada...

—Brígida, parece mentira que te distraigas de ese modo...

—Señora, las he buscado por todas partes y no las encuentro.

—Y tú, Georgina, no las has visto? —No, abuela. Y al decir esto se puso muy colorada.